



Universidad  
Nacional  
de Rosario

## Facultad de Psicología

### Trabajo Integrador Final

*Interrogaciones al trabajo del duelo a partir de la figura del desaparecido. La función del rito en la polis como condición de posibilidad*

**Modalidad de presentación:** Ensayo

**Autora:** Costanza Buzaglo

**Legajo:** B-5732/1

**Docentes del espacio TIF:** Javier Del Ponte y Agustina Cánaves

**Docente responsable:** Silvia Giani

**2024**

### Agradecimientos

A mis viejos, que me apoyan y me acompañan en los caminos que voy decidiendo

recorrer,

A mis hermanos, pilares fundamentales,

A mis abuelas, mis mayores admiradoras,

A mis amigos de siempre, que son mi familia, propiciadores de rituales en los momentos difíciles,

A las amistades que me obsequió la facultad, fundamentales en todo este proceso, con quienes comparto la pasión y el deseo que nos convoca a reencontrarnos cada vez,

A la educación pública en general, donde tuve el privilegio de caer; a la universidad pública en particular, por formarme como persona y profesional a la altura de las circunstancias,

A mi analista, que me salva de mí misma,

Al psicoanálisis, que me cambió la vida irremediabilmente,

A quienes mantienen viva la memoria.

*si quiero rescatarme  
si quiero iluminar esta tristeza  
si quiero no doblarme de rencor  
ni pudrirme de resentimiento  
tengo que excavar hondo  
hasta mis huesos  
tengo que excavar hondo en el pasado y  
hallar por fin la verdad maltrecha con mis  
manos que ya no son las mismas*

*pero no solo eso  
tendré que excavar hondo en el  
futuro y buscar otra vez la  
verdad  
con mis manos que tendrán otras manos*

*que tampoco serán ya las  
mismas pues tendrán  
otras manos*

*(Otra noción de patria, Mario Benedetti)*

## Índice

Resumen .....	1
---------------	---

<b>Introducción</b> .....	2
<b>I. Un fenómeno que perturba el devenir</b> .....	3
Acerca del duelo, su trabajo y su temporalidad.....	3
La actitud ante la muerte frente al horror.....	5
<b>II. Del caos al orden</b> .....	8
Hamlet, la tragedia de los ritos abreviados.....	8
Los ritos, instauradores de temporalidad.....	10
<b>III. De lo indecible a la inscripción</b> .....	13
La escritura como lo que circunscribe la falta.....	13
El anclaje a la polis como condición de posibilidad .....	14
<b>Reflexiones finales</b> .....	17
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	19

## Resumen

El presente ensayo explora aquello que del duelo resulta necesario repensar a partir de la desaparición forzada de personas, ante la imposibilidad de los deudos de contar con los cuerpos de sus seres queridos, fenómeno que interroga esta labor y trastoca su temporalidad, al no poder llevar a cabo los ritos funerarios correspondientes a la sepultura. Para este recorrido se articulan los conceptos de duelo, rito y temporalidad, desde una perspectiva psicoanalítica, recogiendo aportes de otros discursos a los fines de dar cuenta de la complejidad que adquieren este tipo particular de duelos. Se concluye que una salida se ancla en la polis como condición de posibilidad, como forma de inscripción, escritura, alrededor de esa pérdida constituida en falta.

## Palabras clave

Duelo - Rito - Desaparecidos - Temporalidad

## Introducción

El término *desaparición* remite en la Argentina al contexto del terrorismo de Estado que tuvo lugar a raíz de la última dictadura cívico militar (1976-1983). Esta metodología, empleada como mecanismo de represión ideológica, implicó el secuestro, detención clandestina y posterior asesinato de personas. Se caracterizó por la pérdida de toda referencia acerca del secuestrado y del secuestrador. Esto significa, entre otras cosas, que muchos de los familiares de los desaparecidos en dicho contexto, aún habiendo pasado más de 40 años, siguen sin saber dónde se encuentran los restos de sus seres queridos.

El presente escrito se alinea en una inquietud clínica, ética y política, que tomará la práctica de la desaparición forzada de personas como un fenómeno que abre una importante pregunta dentro del campo del psicoanálisis, interrogando la teoría y las conceptualizaciones sobre el *duelo*, al ser un acontecimiento que subvierte la lógica y la temporalidad que este proceso implica.

Si se parte de que la puesta en marcha del mismo requiere una prueba de realidad que confronte al sujeto con la pérdida real y verifique que el objeto ya no existe (Freud, 2010b), en los casos de los desaparecidos esa es una instancia imposible, debido a las condiciones anteriormente expuestas. De este modo, el desaparecido adquiere en el psiquismo una representación ominosa; al no estar ni vivo ni muerto, su estado resulta inconciliable. De este modo, al no poder dar sepultura ni realizar los rituales correspondientes, el duelo adquiere características particularmente complejas.

¿Cómo retorna la figura de la muerte ante el horror? La figura del rito permite pensar condiciones de posibilidad, de inscripción, ya que implica la intervención total, masiva, de todo el juego simbólico, como una manera de poder canalizar la hostilidad ante la pérdida (Lacan 2024). El trabajo del duelo consiste en hacer del agujero, de la pérdida en lo real, una falta; tiene que ver con la posibilidad de una escritura alrededor de esa pérdida (Lacan, 2021), pero ¿de qué manera se inscribe la muerte de una persona si su cuerpo falta, si no puede ser sepultado, si se le niega *el derecho a la muerte escrita*? Lacan (2021) postula que sobre esa marca de lo irremplazable se puede hacer algo. La privación es algo real, mientras que la falta es simbólica. Es una ausencia que el símbolo, en algún punto, puede remediar.

Se postula que, en estos casos, una salida posible se ancla a lo colectivo. Para realizar una lectura psicoanalítica que permita indagar la articulación entre el rito y la polis, se propone abordar posibles *escrituras* de aquello que resulta difícil de simbolizar y que hace de estos duelos un tipo particular.

2

## **I. Un fenómeno que perturba el devenir**

### **Acerca del duelo, su trabajo y su temporalidad**

El concepto de *duelo* es trabajado desde el psicoanálisis por diversos autores. Para comenzar a esbozar algunos lineamientos se torna ineludible partir de Freud. En “Duelo y melancolía” se refiere al mismo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces” (Freud, 2010b, p.241). A su vez, propone que si bien conlleva considerables desviaciones de la conducta habitual de la vida al caracterizarse por una disposición doliente, pérdida de interés por el mundo exterior y por el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no se relacione con la memoria del muerto, es un afecto normal, no patológico, que resulta inoportuno y dañino perturbar ya que pasado cierto tiempo es superado.

Lo que sucedió en Argentina en materia de desaparecidos constituye un

fenómeno que interroga este trabajo. Parecen ser duelos que se prolongan en el tiempo más de lo habitual, pero a los que no les cabría la acepción de lo patológico, sino que se ancla a condiciones particulares necesarias de exponer.

Freud (2010b) hace hincapié en la labor psíquica del proceso de duelo. La pérdida de un objeto cargado libidinalmente implica para el aparato psíquico una conmoción interna; el proceso se activa entonces buscando ligar el excedente de excitación producido por este acontecimiento; hacer soportable lo insoportable permitiéndole al sujeto recuperar la energía necesaria para la vida a través de la elaboración.

En un primer momento, el examen de realidad evidenciaría que el objeto amado ya no existe más y demandaría al sujeto que quite toda libido de sus enlaces con el mismo. A esta demanda del principio de realidad se contrapondría una resistencia, porque el hombre no abandona fácil ni gustosamente una posición libidinal (Freud, 2010b). El aparato psíquico, dominado en este momento por el principio del placer, no quiere moverse de su fuente de satisfacción, no desea saber nada sobre la realidad de la pérdida ni renunciar a su objeto. Una conservación indefinida de esta respuesta negativa no le brinda al sujeto la conservación del placer anhelado, sino que lo ancla en un permanente dolor.

Este paso, claro está, se encuentra obstaculizado en estos casos. Puede observarse esta renuencia, pero no sólo explicada a partir de no querer abandonar una posición libidinal, sino que se sustenta en condiciones materiales, reales. Al no haber comprobación empírica de la muerte debido a la ausencia de cuerpo, el sujeto queda inmerso en una desorientación que complejiza el proceso.

3

Posterior a este momento, en su curso *normal*, la orden que el acatamiento a la realidad impartiría sería llevada a cabo de manera dolorosa y paulatina, pieza por pieza, con gran gasto de tiempo y energía, mientras persistiría la existencia psíquica del objeto amado y perdido. Este proceso modificaría la orientación del trabajo dominado por el proceso primario propio del principio del placer y quedaría regido por el proceso secundario del principio de realidad, encargado de ligar las cargas de energía provenientes del evento traumático mientras que el yo, entregado incondicionalmente a este propósito, perdería el interés por el mundo exterior, que se torna pobre y vacío, y no tendría resto para cualquier otro propósito. Una vez pasado cierto tiempo, concluido el trabajo del duelo, este desaparecería sin dejar tras sí mayores secuelas. Triunfarían en el yo las satisfacciones narcisistas que le brinda el estar con vida y desataría su ligazón con el objeto, volviéndose nuevamente libre y desinhibido (Freud, 2010b).

En estos casos el principio de realidad pierde la eficacia y el poder que se le

adjudica cuando están dadas las condiciones, para pasar a ser un impedimento. El sujeto duelante queda demorado ya que las vías para continuar su camino se encuentran obstaculizadas, pero con el continuo gasto de tiempo y energía que implica la labor. La satisfacción narcisista que le podría llegar a brindar el estar con vida no tiene la fuerza suficiente como para desatar la ligazón con el objeto cuando la situación está teñida por los matices del horror, a los que se suman la falta de pruebas e información.

La figura del desaparecido plantea una paradoja. Al no estar ni vivos ni muertos, su estado se torna inconciliable. El rito fúnebre hace coincidir la vida con la vida y la muerte con la muerte, pero esta muerte, carente de ritos, “que no encuentra inscripción en el registro de lo simbólico, retorna en lo real” (Gusmán, 2005, p.335). Si bien siempre hay algo de lo espectral que acompaña el trabajo del duelo durante un tiempo, ya que compone, siempre es sesgado, no es alucinación. No obstante, “lo que no se inscribe simbólicamente, aquello que no encuentra un lugar en el orden del lenguaje, no desaparece, sino que retorna en una puesta en acto literal” (Gusmán, 2005, p.336).

Bajo estas circunstancias, el deseo de presencia convive con la evidencia de irrealdad. Del lado del familiar siempre queda la espera ominosa de un retorno. Aquí se ubica ese momento en el que no se sabe si está soñando o despierto, donde el muerto aparece como vivo. Son circunstancias en las cuales la diferencia está, pero al mismo tiempo, en ese instante, pareciera no estar. En consonancia se ubican los relatos de las madres, quienes cuentan que aún habiendo pasado años desde la desaparición de sus hijos, a veces se preguntan si estarán bien, si tendrán frío o hambre. Es necesario que haya un corte para que algo nuevo pueda comenzar.

¿Cómo habitar el tiempo cuando la historia es interrumpida por el horror, cuando la posibilidad del relato se choca con el vacío? El tiempo pasa a ser un flujo inconsistente que

4

“se desintegra en la mera sucesión de un presente puntual” (Han, 2023, p.13), que se precipita ininterrumpidamente. A este tiempo, mermado simbólicamente, nada le ofrece asidero.

Suele escucharse que para elaborar un duelo se necesita tiempo, que el tiempo todo lo cura, pero de lo que se trata es de la necesidad de que la dimensión temporal oficie de ordenadora, no de que transcurra el tiempo sin más. En el duelo incide esta dimensión a partir de la lentitud que caracteriza su temporalidad, que se relaciona con el trabajo de reconstrucción del objeto perdido en términos de representación. Es el trabajo por las representaciones que están tramitando esta investidura desprendida (Kuri, 2022). Lo que sucede en estos casos es que se torna irrepresentable.

Gusmán (2005), retoma un fragmento de un texto de González, para quien “la

desaparición implica la muerte, pero provoca el insondable problema de que anula el relato visible de su duelo y al mismo tiempo la torna incesante, imprecisa mas siempre presente” (p.354).

Este es el tiempo en presente continuo al que hace referencia Byung-Chul Han, y que se torna tan insoportable, tan incapaz de alojar la vida al no constituir pasado. Cuando falta la tumba hay una continuidad que no se interrumpe, un suplicio eterno. Para que alguien haya sido tiene que haber muerto. No se puede recordar lo que no se puede olvidar, y no poder dar sepultura a los muertos, impide olvidar. ¿Cómo olvidar una ausencia siempre presente, un espectro que acecha?

El duelo es entonces el trabajo que el aparato psíquico realiza para tramitar lo insoportable de la pérdida. En el dolor anímico experimentado por los familiares de desaparecidos aparece algo que se desprende, pero no al modo de una descarga, de un alivio, sino, por el contrario, expresado en una carga para el cuerpo. Este dolor está asociado a una cantidad de energía libidinal que el psiquismo no puede tramitar, al mismo tiempo que es una cantidad que inmoviliza (Kuri, 2022). En el duelo “estamos en un tiempo lento, demorado, trabajoso, pero estamos en un tiempo; en cambio en el dolor (...) hay algo que está impedido de ser retomado en el campo psíquico, en el campo de la representación” (Kuri, 2022, p.93), con la consecuente sensación de que el tiempo no pasa.

El dolor, en tanto inmovilidad, está impedido de ingresar al tráfico del sentido y, si como energía no ligada queda como un sin-sentido, ¿cómo narrarlo?

## **La actitud ante la muerte frente al horror**

Freud (2010a), tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, escribe “De guerra y muerte”, y si bien la desaparición forzada de personas durante la última dictadura cívico-

5  
militar lejos está de ser considerada una guerra, hay puntos que pueden ser útiles para pensar algunas cuestiones.

Tanto la guerra como la dictadura, pueden entenderse como acontecimientos que han destruido el costoso patrimonio de la humanidad y aniquilado los valores superiores de una sociedad. Traen consigo la desilusión al transgredir las restricciones a las que instan los tiempos de paz. “Arrasa todo cuanto se interpone en su paso, con furia ciega, como si tras ella no hubiera un porvenir ni paz alguna entre los hombres. Destroza los lazos comunitarios” (Freud, 2010a, p.280) ya que al suprimir el reproche, los hombres cometen actos de crueldad, de traición y de violencia brutal que se concebían

inimaginables, como disputas y acuerdos saldados socialmente, que se ponen en cuestión.

De este modo, el ciudadano es arrasado por una desorientación y perplejidad ante un mundo que se le ha vuelto ajeno. Ve despedazada su patria grande, devastado el patrimonio común, deshonorados y envilecidos sus conciudadanos (Freud, 2010a).

Uno de los puntos que se destacan se relaciona con el cambio que se impone en la actitud hacia la muerte tras la guerra. Puede sostenerse, asimismo, que tras la última dictadura en Argentina ocurre algo similar, que incluso queda evidenciado en los distintos modos de nombrarla. ¿Son muertes? ¿Son desapariciones? ¿Fue un genocidio? ¿Cómo nombrar el horror?

Estos acontecimientos inauguran una novedosa actitud ante la muerte, ya no como algo natural, sino como algo del horror que irrumpe estruendosamente en la trama. A quienes provocaron esas muertes con la consecuente desaparición de la información, las listas, los cuerpos, se los llama asesinos y se los juzga por estos hechos. Entonces sí, son un tipo particular de muertes, que interrogan y trastocan el *status quo* de una sociedad, rompen los pactos establecidos, las discusiones saldadas.

En una guerra existen códigos que se establecen para que de la misma resulte un ganador y un perdedor dentro de una cierta situación de paridad para la batalla. Cuando desde posturas negacionistas se asimila la dictadura a una guerrilla, sustentada en la *teoría de los dos demonios*<sup>1</sup>, se desconoce que era el Estado el que ocupaba uno de esos lados, con el monopolio de la fuerza, secuestrando, torturando, desapareciendo. El contexto en que ocurre la desaparición es brutal y el sistema represivo está institucionalmente organizado, por el Estado. La indefensión y disparidad frente a la acción represiva es significativa, así como la impunidad y el carácter planificado y organizado de la represión.

En este sentido, la práctica de la desaparición forzada de personas es prácticamente opuesta a una guerra, porque en el segundo caso no solo están los cuerpos,

<sup>1</sup> - Concepción según la cual la gravedad de los delitos cometidos por agentes estatales como parte del terrorismo de Estado es equivalente a los actos de violencia cometidos por las organizaciones guerrilleras, especialmente aquellos en el marco de la lucha contra las dictaduras

6  
sino que los mismos adquieren un estatuto singular y central. No se habla de cadáveres, sino de cuerpos, los cuerpos de los caídos, que no es lo mismo; están investidos de otro modo, implican a un sujeto. Son los cuerpos lo que se le entrega a los familiares.

En contraste, lo que caracteriza las desapariciones es la ausencia de cuerpos. Los allegados deben contentarse -conformarse-, en el mejor de los casos, con la posibilidad

de identificar los restos de sus seres queridos y lidiar con la consecuente y compleja desarticulación entre cuerpos e inscripción.

Sobre esto, resulta ejemplificador lo narrado por Leila Guerriero (2021) acerca del trabajo del equipo forense encargado de realizar las exhumaciones de desaparecidos:

Cuando termine de reconstruir -de numerar sus partes, sus lesiones, de extender lo que queda de él sobre la mesa- el esqueleto volverá a su caja, y esa pequeña paciencia de mujer oval terminará, años después -si hay suerte-, con un nombre, un ataúd del tamaño de un fémur y una familia llorando por segunda vez: quizás por última (p. 113)

La autora expone la importancia de unir un nombre a lo que queda de un cuerpo, uno que se sabe muerto, pero que no se inscribe. Ese relato da cuenta de la necesidad de que algo del rito acontezca, dentro de las posibilidades, para que el trabajo del duelo pueda seguir su curso. Guerriero (2021) sostiene que si bien recibir la noticia de una identificación es doloroso, como una segunda pérdida, también es un alivio, es *reparador*. “Es una dignificación del muerto, pero también del vivo” (p.114). La posibilidad del encuentro con los restos, de enfrentarse a esa certeza invariable de la muerte, actúa como la prueba de realidad retardada.

## **II. Del caos al orden**

### **Hamlet, la tragedia de los ritos abreviados**

Hamlet es la tragedia de las muertes y los ritos abreviados, y expone las consecuencias de no honrar debidamente a los muertos. A este personaje, se le presenta el espectro de su padre, quien le revela que ha sido asesinado por su hermano para ocupar el trono y le pide vengar su muerte, pero este no puede realizar el acto. La pieza se construye en torno a su vacilación e inhibición; lo puede todo menos cumplir la venganza que le está deparada. *La cuestión* es vislumbrar lo que resultará determinante al final, cuando por fin pueda consumir la acción.

Dos meses después de la muerte de su padre, su madre se casa con Claudio, su tío, hermano (y asesino) del primero, y a partir de este momento se pueden rastrear una serie de ritos abreviados, ignorados, subestimados, que no carecerán de consecuencias.

A Hamlet, la conducta de su madre le inspira un fuerte sentimiento de traición y de degradación. Se encuentra indignado ante la rapidez de sus segundas nupcias, así como de situaciones que se suceden a continuación, tales como que las sobras de la comida del funeral se sirvan en la boda, ante lo cual exclama irónicamente: *¡Economía, economía, Horacio!* Cabe preguntarse de qué manera paga Hamlet este modo de articular los valores de uso y de cambio del objeto que desconoce los valores rituales. Quiroga (2014) propone que “el arrebató del tiempo del duelo, “la economía en cuestión” habla de esa crueldad propia de la indiferencia ética” (p.46).

Asimismo, Claudio le dice al poblado que ya es hora de dejar de lado el duelo por el rey fallecido: “Podemos llorar con un ojo, pero riarnos con el otro” (Lacan, 2024, p.287). Estas frases evidencian el acotamiento referido anteriormente y la manera en que los ritos carecen de espacio en este contexto.

¿Qué dice la madre al respecto? “Soy lo que soy, conmigo no hay nada que hacer, soy una verdadera genital (...), no conozco el duelo” (Lacan, 2024, p.317). Lo que caracteriza al verdadero o verdadera genital, para Lacan (2024), es su *duelo ligero*. Justamente, ese es el punto.

Cabe hacer alusión a dos muertes más que interesan particularmente, la de Ofelia y la de Polonio, en especial porque, en palabras de Lacan (2024), se trata de “una tragedia en la cual no tratan bien a los cadáveres” (p.373).

A Polonio lo mata Hamlet accidentalmente. Lo que no ocurre de modo involuntario es lo que sucede después. Arrastra el cadáver por el pie y lo esconde “en contra de la sensibilidad y de la inquietud de todo el entorno” (Lacan, 2024, p.373), de quienes se ríe

8  
realizando una serie de acertijos y proponiendo finalmente jugar una especie de búsqueda del tesoro. “Todo esto no deja de ser una burla de lo que está en juego, a saber, un duelo no satisfecho” (p.373). Cabe mencionar, a su vez, que lo entierran

clandestinamente, sin ceremonia por motivos políticos.

Ante la muerte de su padre, Ofelia se suicida, y este acto es considerado un pecado, una especie de sacrilegio. No obstante, aunque el sacerdote no estaba de acuerdo con que se le concedieran los honores funerarios, finalmente acuerda a que acceda a parte del rito cristiano, *abreviado*.

¿Cuáles son las consecuencias para Hamlet de esta seguidilla de muertes de seres queridos, a quienes no puede honrar debidamente ya que no están dadas las condiciones para realizar los rituales correspondientes? Por un lado, lo ejemplifica su inhibición; si hay algo esencial en la obra, gira en torno a su procrastinación. Pero por otro lado, enloquece.

Lacan (2024) postula que “el duelo está emparentado con la psicosis” (p.372), porque la pérdida intolerable que representa el duelo, le provoca al ser humano un agujero en lo real. Sobre ese agujero se proyecta el significante faltante, “esencial en la estructura del Otro, aquel cuya ausencia torna al Otro impotente para darnos nuestra respuesta” (p.371). “Ese significante encuentra aquí su lugar. Y al mismo tiempo no puede encontrarlo porque ese significante no puede articularse en el nivel del Otro” (pp.371-372). Tal como sucede en la psicosis, en su lugar vienen a merodear las imágenes que se refieren a los fenómenos del duelo.

Retomando lo trabajado en el apartado anterior, pareciera haber cierta lógica común. Los ritos ocupan un lugar, un tiempo, un espacio. Si estos no se llevan a cabo, si algo falla, si algo se elide, en el lugar que deja libre esta ausencia surgen apariciones singulares (Lacan, 2024), en Hamlet representadas por el fantasma de su padre que lo acecha.

Esta tragedia es pertinente porque permite hacer una articulación adicional a lo que aporta “Duelo y melancolía”. Freud allí postula que el duelo se relaciona con una introyección del objeto perdido. No obstante, para que esta introyección tenga lugar “tal vez haya un prerequisite, a saber, que esté constituido en calidad de objeto” (Lacan 2024, p.318). Quiroga (2014), retomando esta crítica de Lacan, agrega que el objeto constituido está irremediablemente perdido. Y, en tanto tal, “se muestra como imposible, y en tanto que es imposible posibilita la vida y detiene el incesante llamado de la tumba” (p.47).

A partir de este punto es que Hamlet pierde el control. ¿A raíz de qué? Pues bien, de que no soporta ver que otro, Laertes en este caso, alardee un duelo desbordante. Esta ostentación lo desquicia, lo trastorna a tal punto que no puede tolerarlo. “La fría conducta se transmuta en cólera por la atracción misma del semblante del otro que irrumpe de

manera sorpresiva en la escena” (Quiroga, 2014, p.44). Cuando ve a Laertes saltar a la tumba para abrazar a su hermana, él salta también para hacer lo mismo. Este duelo exuberante es, y esto es lo que importa, *el único duelo verdadero al cual puede identificarse*. Es a partir de este momento que las cosas cambian. Lacan (2024) postula que Hamlet pasa por la vía de un duelo asumido en la relación que hay entre el yo y la imagen del otro, i(a). Laertes le ofrece un modelo, un apoyo. Esta escena oficia de soporte para que “se restablezca su propia relación como sujeto, S/, con Ofelia, el objeto a minúscula que había sido rechazado debido a la confusión, a la mezcla de objetos” (p.319). Al respecto, Quiroga (2014) postula que lo que ocurre en la escena del cementerio es del orden de una identificación que él llama mimética, “así como la imagen del yo es la imagen del otro, el duelo de Hamlet es el duelo del otro. Es porque el otro reclama por su objeto que Hamlet puede decir ‘Yo’”(p.42). Ese nivel restablecido tendrá el efecto de hacer de él alguien capaz, por un instante, de batirse a duelo, de matar, es decir, capaz de, finalmente, consumir el acto.

Al convertirse en un objeto imposible, al constituir esa pérdida como falta, Ofelia vuelve a ser el objeto de su deseo. Este es el momento en el que Hamlet recupera su deseo. Lacan (2024) expone que “en cierta relación de identificación, este objeto adquiere su alcance, y sus manifestaciones se agrupan y organizan” (p.370). El mismo obtiene una existencia tanto más absoluta cuando deja de existir. Es a raíz de que pasa por la vía del duelo, de que puede inscribir esa pérdida, que se puede hablar entonces de *organización*, de orden.

## **Los ritos, instauradores de temporalidad**

La función de los ritos es crucial en el destino de los duelos. Quiroga (2014) se refiere a la temporalidad propia de los ritos ausentes o abreviados y la relaciona con la *crueledad* propia de la indiferencia ética, dato que resulta esencial tener presente cuando “falta el tiempo de duelo, el rito necesario del reconocimiento de una pérdida” (p.46). La constitución del objeto como perdido es fundamental. En el caso de los desaparecidos, al no estar ni vivos ni muertos, esta operación resulta particularmente compleja. La apuesta es entonces a que se constituyan como tales para que el duelo tenga lugar.

Los ritos, en tanto acciones simbólicas, trazan los contornos de una sociedad al transmitir y representar los valores que la mantienen cohesionada. La percepción simbólica que representan expresa lo duradero y, de este modo, el mundo ya no se percibe como contingente, se le adjudica una permanencia. Cuando este orden simbólico se ve amenazado por algún motivo, se pierden las metáforas generadoras de sentido y

fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida. Disminuye la experiencia de lo duradero y aumenta exponencialmente la contingencia (Han, 2023). Pueden concebirse como técnicas simbólicas que “transforman el «estar en el mundo» en un «estar en casa». Hacen del mundo un lugar fiable” (Han, 2023, p.12). Al ordenar y acondicionar el tiempo, lo hacen habitable. El rito acota.

Cuando alguien querido muere, el caos y la confusión irrumpen con voracidad. Lo esperable es que a este hecho se sucedan una serie de rituales destinados a brindar cierto orden y estabilidad ante la experiencia de la pérdida frente a la cual el psiquismo debe reorganizarse. Para que el trabajo del duelo opere desvistiendo el objeto amado pieza por pieza, es necesario que el mismo sea acompañado de ciertos ordenadores que propicien esta labor, que posibiliten, en palabras de Byung-Chul Han (2023) “un pulcro y respetuoso manejo de las cosas” (p.14).

Los rituales fúnebres tienen esta función. En la cultura occidental los entierros, los velorios, suelen ser los privilegiados. En contextos donde la desaparición se ha vuelto una práctica de aniquilación, ante la imposibilidad de los familiares de recuperar los cuerpos, estos se tornan irrealizables.

Para Han (2023), lo característico de los rituales, es la repetición que se opone tanto a la esperanza como al recuerdo. Ésta, como reconocimiento, es una forma de cierre. Es la encargada de que el tiempo se demore, de que el pasado y el futuro se articulen en un presente vivo, capaz de brindar armonía y un ritmo común. Para que el presente tome estas características resulta necesario anclar la muerte a la repetición, dice el autor, a la serie, para ir más allá del recuerdo, impotente, y de la esperanza del retorno, imposible.

Roland Barthes, al respecto, piensa que

La ceremonia funeraria se aplica como un barniz sobre la piel, protegiéndola y aislándola así de las atroces quemaduras del duelo que causa la muerte de un ser amado. Donde no se celebran rituales como dispositivos protectores la vida está totalmente desprotegida (Han, 2023, pp.27-28).

En estas circunstancias, los duelantes de desaparecidos se encuentran en un desamparo e intemperie trascendentales, literalmente heridos, quemados. Los ritos, de este modo, permiten habitar el sentimiento, ofreciendo un marco que contiene, restringe y protege. En palabras de Lacan (2024), están destinados a satisfacer la memoria del muerto. Estos implican la intervención total, masiva, de todo el juego simbólico, de todo el sistema significante en torno al menor de los duelos. Introducen una mediación con

respecto al abismo que el duelo crea, no en términos dialécticos, ya que el

11

objeto perdido no puede ser completamente recubierto, sino permitiendo circunscribir los entornos de ese agujero real.

Los ritos funerarios tienen un alcance profundo en la cultura, son un símbolo de *cohesión social*. La comunidad a través de los mismos recobra la unidad y estabilidad perturbada por la muerte. Tal como postula Thomas (1993), celebran el hecho a la vida, ya que están destinados a restituir aquello que la muerte ha hecho desaparecer. Son la respuesta social e individual ante la pérdida, ante la fuerza desorganizadora de la muerte.

### **III. De lo indecible a la inscripción**

#### **La escritura como lo que circunscribe la falta**

Lacan (2021) en el *Seminario 10*, postula que el duelo supondría una satisfacción posible frente a la imposibilidad del significante de la privación en hacer frente al agujero

creado en la existencia, dando lugar a la inscripción de esa pérdida en lo real como *falta*. Esa posibilidad de inscripción estaría dada por lo simbólico, y aquí se ubica al rito como una manera de poder canalizar la hostilidad ante la pérdida.

Duelo y pérdida, entonces, no coinciden. El trabajo del duelo es hacer del agujero, de la muerte en lo real, una falta, tiene que ver con la *posibilidad de una escritura alrededor de esa pérdida*. Sobre esa marca de lo irremplazable es posible hacer algo. La privación es real, mientras que la falta es simbólica; es una ausencia que el símbolo, en algún punto, puede remediar (Lacan, 2021).

Que los deudos no cuenten con la posibilidad de visitar a sus muertos al cementerio, de llevarles flores o pasar una noche entera de vigilia en una sala velatoria trastoca este tipo particular de duelos, es un hecho. Gusmán (2005) afirma que “esta negación de la existencia vuelve imposible el duelo y la simbolización de la muerte”. Sin embargo, no parecieran ser duelos imposibles, sino duelos complicados.

La figura de lo indecible corre el riesgo de transformarse en impotencia, pero este agujero en la existencia empuja a la creación, y la creación es lo que gira en torno al vacío, sin nunca tapar, sin colmarlo, sino circunscribiendo su contorno. Hay una especie de confianza extrema en la capacidad de elaboración del duelo, al cual se le adjudica una figura positiva y una eficacia simbólica absoluta, sin embargo, lo simbólico no recubre (no puede recubrir) totalmente lo real (Lacan, 2021), totalmente el horror. El duelo no es una entropía, siempre queda un resto no simbolizable, algo que no cicatriza.

Los rituales, entonces, como *procesos narrativos* que permiten simbolizar, inscribir, en el caso de los ritos fúnebres, lo inasimilable de la muerte, generan una fuerte referencia al mundo, pero ¿cómo escribir sobre los significados vaciados por una destrucción violenta?

Al respecto, Gusmán (2005) propone que esa es la función de los *epitafios* en las tumbas, y se pregunta qué sucede ante la desaparición de las inscripciones en estos casos en los que los muertos no sólo no tienen dónde yacer, sino que se les ha negado también el derecho a la muerte escrita. “Que el epitafio exista es insoslayable para la identidad. Saber quién es el muerto y dónde está su tumba es un derecho” (p.17). En la antigua Grecia, la peor ofensa que podía recibir un ciudadano post-mortem se relacionaba con la

negación de funerales y sepulcro. La eficacia de la transmisión de los ritos funerarios radica en el hecho de que deben tener un soporte escrito, el cual permanece y vive por sí mismo. A partir de la última dictadura cívico-militar en Argentina, y la consecuente desaparición forzada de personas, faltan cuerpos, faltan epitafios. Gusmán (2005) postula que quizás una manera de reconstruir esa vía simbólica exterminada, de subsanar esa

ausencia en cuerpo y letra, sea otro modo de escritura que puede estar dado por los *recordatorios* que cada año, en la fecha de los aniversarios de una desaparición, los deudos publican en un diario, en conmemoración del desaparecido. Estos cumplirían, para el autor, la función de aquellos epitafios ausentes.

¿Bajo qué coordenadas se torna posible el duelo de aquellos que no tienen un cuerpo, una tumba que llorar? Gusmán (2005), al respecto, dice que “la escritura como elaboración del duelo (...) puede concebirse como la prolongación de la sepultura” (p.332), la cual le ofrece una simbolización a la muerte.

Este autor comenta que “en la mayoría de los relatos, testimonios y libros, la falta del cuerpo o de la sepultura funcionó como un deseo de reapropiación de lo perdido” (Gusmán, 2005, p.330). Se trata de devolver un nombre y una historia. Esta es la apuesta que sostienen las agrupaciones tales como Madres y Abuelas de Plaza de Mayo<sup>2</sup>. Si bien se mencionan datos individuales del desaparecido en cada recordatorio, la consigna se extiende intencionalmente al plural *desaparecidos* y a la referencia a la cifra 30.000.

## **El anclaje a la polis como condición de posibilidad**

Constituída la falta, entonces, *la elaboración es posible*. Es indispensable la nada para que haya creación significante, *ex nihilo*. En estas circunstancias, es necesario que otras representaciones se pongan en juego para que el ritual tenga lugar, y esta creación suele encontrar en la polis una salida posible.

En palabras de Lacan (2024): “el trabajo del duelo se consume en el nivel del *logos* -digo esto por no decir *en el nivel del grupo* ni *en el de la comunidad*” (p.372). Tanto los *recordatorios* a los que alude Gusmán, como cada marcha del 24 de marzo, cada nuevo nieto restituido y recuperado, cada genocida juzgado, transmiten la actualidad de esas

<sup>2</sup> Refiere a un movimiento formado en Argentina durante la dictadura militar para buscar a sus hijos desaparecidos y a sus nietos apropiados durante ese período. Marchaban con pañuelos blancos en la cabeza para visibilizar la desaparición forzada y exigir justicia. Se escriben con mayúscula como un reconocimiento a su estatus y relevancia en la historia ya que su lucha ha sido fundamental en la defensa de los Derechos Humanos, en la construcción de Memoria, y en la visibilización de la importancia buscar por Verdad y Justicia.

desapariciones, y la importancia de estos acontecimientos revelan la evidencia de una memoria activa que recupera del olvido que se trataba de una lucha, y de una lucha política. El rito colectiviza, supone un lazo con los otros, y hace referencia a la necesidad de reunirse, de reeditar algo del mismo en la comunidad, para pasar del horror al acto, a

la creación, y de este modo alcanzar una experiencia de elaboración que permita hacer algo más, poner en palabras donde no hay sino ausencia.

Esta es la búsqueda de aquellos pañuelos blancos caminando en círculo alrededor de la Plaza de Mayo de forma incansable, lugar simbólico donde han instalado a los desaparecidos, desafiando al poder político al clamar por Verdad y Justicia. Es la búsqueda de algo que medie el horror de la ausencia. Loraux (2004), de una forma sumamente clara, dice que “entre las madres enlutadas existe algo así como una terrible complicidad, más aún -ésta es la palabra-, una *sociedad*” (p.6). Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, en este sentido, han logrado construir, desde una lucha cultural, social y política, un entramado simbólico que, aunque nunca de forma completa, compensa algo de aquel horror, y que apunta a poner un paño frío, con la ternura materna que conlleva ese acto, al dolor por la ausencia de esos cuerpos.

Desde la tradición griega, las leyes cívicas pretenden refrenar el duelo materno, encerrar su dolor en lo privado, para que las manifestaciones del mismo no desborden el funcionamiento de las instituciones políticas ni generen mayores disturbios (Loraux, 2004). No obstante, Las Madres, insubordinadas, han conquistado un lugar social, un espacio público para la expresión de sus voces, su protesta, su dolor. Espacio que les otorga reconocimiento y una restitución parcial al construir, desde una incesante militancia, un entramado simbólico que logró situar la palabra ante el silencio y erigir una trama basada en la lucha por sus hijos y nietos que compensa de algún modo el trauma en carne viva.

La imposibilidad del duelo pasa por las deudas de la justicia, por el olvido, la indiferencia, la impunidad y la carencia de ritos para aceptar y procesar la muerte. Loraux (2004) sostiene que “una madre no tiene que aprender cómo se odia: la adversidad se lo enseña” (p.7). Lo que sí tiene que aprender es cómo se sigue, cómo salir del puro odio y convertir el duelo en un envite para la política tal como la define la vida ciudadana. Donde les negaron la posibilidad de sepultar a sus seres queridos, las Madres inventaron otros rituales, ceremonias de despedida y recuerdo, como posibilidad de expresión sobre la situación traumática que les permite seguir adelante, con una potencia incansable. Lograron dignificar el dolor, propiciar un lugar para honrar los vestigios e ideales de sus seres queridos y reunirlos en una ceremonia pública que deviene ritual al propiciar un espacio para habitar la muerte.

La paz no puede imperar en una sociedad cuando para sus miembros es imposible la reconciliación con el pasado. Los duelos incompletos afectan tanto a los individuos como

dictadura quebrantó las bases éticas de los lazos sociales y mantiene la persistencia de una herida que permanece abierta. De este modo, la convivencia se encuentra impregnada de conflictos y disputas sin resolver.

Al respecto Herrera (1996) sostiene que la sociedad debe indignarse por lo acontecido, y recordarlo como algo que provino de su propio seno, de la estructura social, estando atenta a que así como emergió en algún momento, puede aparecer nuevamente. Por eso resulta necesario tomar medidas para que no vuelva a ocurrir, y para tal propósito “se confía en la memoria cívica la responsabilidad de conservar la huella en negativo, como una advertencia para el futuro” (Loroux, 2004, p.10). El pasado traumático amenaza con volverse indigerible mientras el duelo permanezca incompleto, porque una sociedad que no asume las responsabilidades por sus muertos nunca podrá asegurar completamente la vida.

A partir de la derogación de las leyes del perdón, la reapertura de los juicios a las juntas militares y la consecuente posibilidad de prestar testimonio sobre lo ocurrido, se visibilizan en Argentina nuevas condiciones de posibilidad para la inscripción y subjetivación de la pérdida. Todo esto contribuye a dar un marco a la pesadilla, con el imperativo de que *Nunca Más* esas circunstancias se repitan.

## Reflexiones finales

*Solo una cosa no hay. Es el olvido*

*(Everness, Jorge Luis Borges)*

Habiendo realizado el recorrido que propone el presente escrito, se arriba a una serie de conclusiones que no pretenden tener un carácter acabado sino más bien de apertura, ancladas en una inquietud clínica, ética y política, que pretende aportar al campo en cuestión.

Se ha expuesto que la figura del desaparecido trastoca la lógica que el proceso del duelo implica, así como su *normal* desarrollo y su temporalidad, al no poder llevarse a cabo la sepultura y los ritos fúnebres correspondientes a la misma, debido a la ausencia de cuerpos.

La falta de sepultura es la imagen sin recubrir del duelo que no puede asimilar el sentido de la pérdida y que lo mantiene inacabado y pugnante. Pero es asimismo la condición metafórica de una temporalidad no sellada, inconclusa, abierta a la posibilidad de ser reexplorada por una memoria activa y disconforme.

Quiroga (2014) hace hincapié en el arrebató del tiempo del duelo, particularmente en Hamlet, donde está en juego esta verdad sin esperanza. Y retomando a Levi-Strauss propone que

(...) el tiempo de cocción es la marca del paso de lo crudo a lo cocido, es decir, de la naturaleza a la cultura. Puede tratarse de comida cruda (...), pero si esos ingredientes están sometidos a un proceso de elaboración, entonces, se trata del tiempo de cocinar, el tiempo de comprender que incluye al otro (p.46).

Siguiendo a Rinesi (2019), el presente se caracteriza por la autoconciencia de una actualidad definida por su relación con lo que ha sido, nunca cabalmente y para siempre, nunca *sin resto*, con un pasado que no puede ser sepultado y, como fue mencionado a lo largo del ensayo, no cesa de volver a aparecer en el presente.

Para que el pasado no retorne de modo espectral y siniestro resulta necesario apostar a modos de inscripción, de escrituras posibles alrededor de las pérdidas constituidas en faltas y que de este modo, el pasado se vuelva recuerdo, serie, genealogía, a partir de tomarse el tiempo de cocinar, retomando a Quiroga, de elaborar y de sanar, en algún punto, colectivamente, las heridas.

Para no caer en la inhibición, para no seguir el destino de Hamlet, resulta necesario tramarle obstáculos a la impotencia que posibiliten salidas posibles. Para que la ausencia pueda transformarse en evocación y rememoración, y permita construir un relato acerca del difunto, es necesario primero olvidar, y luego, recordar. Porque recordar es una manera de sobrevivir a la muerte. Pero resulta imposible recordar aquello que no está constituido como perdido, aquello que siempre acecha.

Resulta fundamental hacer hincapié en que esta figura paradójica anteriormente referida, *ni vivos ni muertos*, “esta *no existencia* es la decisión política del proyecto genocida, que mediante la destrucción de la cadena generacional, interrumpe la posibilidad de transmisión de lo humano” (Gusmán, 2005, p.334). No obstante, la función (y la apuesta) de los sobrevivientes, de las Madres y Abuelas, incluso hoy de asociaciones como Hijos y Nietos, es resguardarlos de la nada y del borramiento, preservar la memoria.

Respecto de las madres en duelo, Loraux (2004) propone que estas se lamentan tanto por el cuerpo muerto de sus hijos, como por sus anulados nombres. Es por esto que se erigen como guardianas de la memoria y trabajan por la transmisión y la genealogía. Toman la palabra y cuentan la historia, para que se sepa.

Tal como propone Rinesi (2019), “además de por su relación con el pasado, el presente está siempre determinado, también, por su relación con el futuro” (p.103). Freud (2010c), escribe “La transitoriedad” en un contexto de posguerra, y afirma que la misma muestra la caducidad de muchas cosas que se habían juzgado permanentes. Pero dice: “lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes” (p.311). En este contexto de posdictadura, no hay palabras más vigentes. Los vestigios de la dictadura hablan del desgarramiento de la vida individual y colectiva, desgarramiento del que es necesario responsabilizarse para poder reparar, en algún punto, el daño, para restaurar la ley.

La instauración de la ley origina la cultura, pero esta es vulnerable. No hay cultura capaz de enterrar bien a todos sus muertos, porque el orden humano es frágil, y porque lo simbólico no recubre totalmente lo real. Es por esto que la ética del psicoanálisis no puede no tener presente estos lineamientos, y no estar atenta a estas cuestiones si pretende ser un discurso a la altura de la época.

## Referencias bibliográficas

Han, B. C. (2023). *La desaparición de los rituales*. Herder.

Freud, S. (2010a). De guerra y muerte. Temas de actualidad en *Obras completas*. Tomo XIV. Amorrortu.

Freud, S. (2010b). Duelo y Melancolía en *Obras completas*. Tomo XIV. Amorrortu.

Freud, S. (2010c). La transitoriedad en *Obras completas*. Tomo XIV. Amorrortu.

Guerriero, L. (2021). *Frutos extraños. (Crónicas reunidas 2001-2019)*. Alfaguara.

Gusmán, L. (2005). *Epitafios: el derecho a la muerte escrita*. Grupo Editorial Norma.

Herrera, L. (1996). *¿Amnistía o Amnesia?* en I Foro Ético Jurídico sobre la Impunidad. APRODEH.

Kuri, C. (2022). La pulsión: multiplicación y anacronía del concepto en *Archivo metapsicológico Vol. II*. Otro Cauce.

Lacan, J. (2021). *El seminario, Libro 10. La angustia*. Paidós.

Lacan, J. (2024). *El seminario, Libro 6. El deseo y su interpretación*.

Paidós. Loraux, N. (2004). *Madres en duelo*. ABADA editores.

Quiroga, C. (2014). *¿Por qué no actúa Hamlet? El deseo en el Seminario 6 de Jacques Lacan*. Letra Viva.

Rinesi, E. (2019). *Restos y desechos: el estatuto de lo residual en la política*. Caterva Editorial

Thomas, L. V. (1993). *Antropología de la muerte*. Fondo de Cultura Económica.